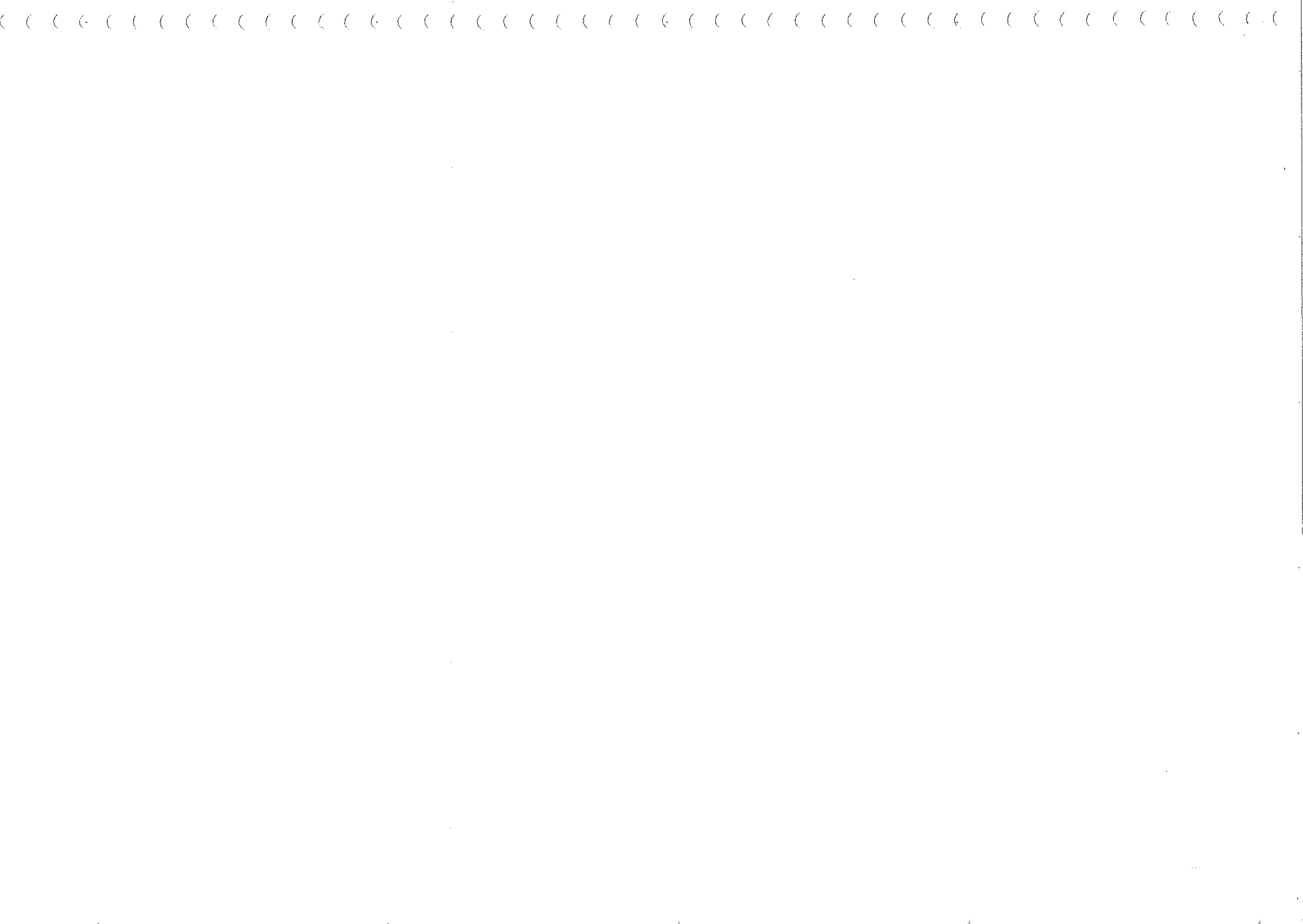


Edgar Morin

INTRODUCCION  
AL PENSAMIENTO  
COMPLEJO



# Introducción

La de Edgar Morin es, qué duda cabe, una aventura intelectual. Extraña asociación la de estos dos términos. Lo intelectual evoca a la razón, al orden, a lo científico y, bien estructurado, a lo sesudo y alejado del riesgo. Aventura, en cambio, es el nombre de la pasión, del libre juego resistiendo la asfixia impuesta por las reglas, de lo impulsivo y espontáneo, de lo impredecible. La síntesis fértil, tensa pero creativa, de esos términos es, no solamente un hilo conductor de la ya monumental obra teórica de Edgar Morin, sino también una cualidad de su trayectoria personal. Su obra debe, en consecuencia, ser entendida no sólo en términos de su contenido sino del proceso productor. Es sobre ese proceso que Morin ha meditado muchas veces en un intento de adivinar la forma oculta de su búsqueda, una búsqueda que, como todos los destinos humanos, como lo pensaba Jorge Luis Borges, es una configuración única, diseñada tal vez por los pasos que cada uno de nosotros urde en un laberinto incalculable, y condensable en una ci-

secreta, un «aleph», al que a veces creemos vislumbrar (como Einstein pensaba que pasa, ocasionalmente, con el sentido de lo humano) pero nunca logramos capturar plenamente.

En Morin su producción teórica no es nunca un intento de ser un logro acabado, sino más bien un proceso que, en su devenir mismo, marca un rumbo cognitivo en el que somos invitados a participar. Recorramos algunos aspectos de ésta, su aventura intelectual.

Morin nace en París en 1921. Su educación formal lo lleva a licenciarse en Historia y Derecho, pero sus estudios universitarios se interrumpen en 1942 cuando se une a la

Resistencia, tras la invasión nazi de Francia. Su estilo de «resistente» no lo abandonará en el resto de su vida, expresándose tanto en su tendencia a no dejarse abarcar por discursos totalizantes, como en sus enfrentamientos con los *establishments* de disciplinas diversas que lo han visto siempre como «ajeno», como «extraño», al no poder aceptar su estilo transgresor de fronteras disciplinarias, de libre disposición de conceptos para ser usados en contextos diferentes, de rigor acompañado, como quería Gregory Bateson, por una imaginación al servicio de su praxis cotidiana de complejización de los discursos teóricos y las prácticas en el campo de las ciencias sociales.

Al terminar la guerra se une al ejército estacionado en la Alemania derrotada y, testigo de la hecatombe de ese imperio que había pretendido persistir por mil años, escribe su primer libro, editado en 1946 como *L'An zéro de l'Allemagne\**. Casi cuarenta años después, es interesante volver a ese texto primero, en el cual la atención no se centra en lo que tanto los medios como la intelectualidad de la época consideraban central, sino en aspectos más marginales para el interés del momento, como ser el futuro de esa tierra demonizada que seguía, sin embargo, siendo parte de Europa, la influencia de la catástrofe a múltiples niveles en la cultura europea y mundial, el mapa mental que para alemanes y europeos iba a señalar la evolución de las identidades nacionales. Al enfocar estos temas Morin muestra ya una inusual capacidad para ver a los procesos sociales en movimiento, para iluminar aspectos generalmente soslayados, cuestionar presuposiciones dadas por evidentes y entroncar sus observaciones con procesos pasados y aperturas hacia el futuro, incluyendo siempre las preocupaciones éticas como centrales para la observa-

\* Los títulos de las obras de Edgar Morin aparecen en francés cuando no hay traducción disponible en español. Las fechas se corresponden siempre a las de publicación de la edición original francesa. Consultar la lista de obras de Edgar Morin al final del texto.

ción de procesos sociales, entendiendo que la ética también evoluciona, en sí misma, como un proceso social.

Comienza luego su interés sobre el tema de la «muerte» desde una perspectiva múltiple, que va de lo biológico a lo mitológico. La experiencia de la guerra, la resistencia y las imágenes del hundimiento alemán juegan, quizás, un papel en ese interés. Es éste, tal vez, el primer ejercicio de articulación de nociones provenientes de disciplinas diversas para abordar un tema que le permite establecer puentes entre lo humano a nivel biofísico con los niveles antro-po-sociales y psico-mitológicos. Lo social se abre, por una parte, al cuerpo en su materialidad física y, por la otra, a lo imaginario en sus expresiones individuales (psicológicas en sentido tradicional) y sociales (mitológicas). En 1951 se publica *El hombre y la muerte*, producto de esas meditaciones tempranas.

Es también en ese año 1951 que Morin entra en el Centre National de la Recherche Scientifique como investigador. Los cinco años siguientes los pasa estudiando lo que él denominará el «hombre imaginario». La relación, difícil de abarcar en términos tradicionales, entre lo imaginario y lo real, que ya fuera centro de su interés en su estudio sobre la muerte, continúa ahora siendo explorada en su aproximación al mundo del cine. También aquí, rompe las barreras que lo obligarían a utilizar sólo discursos provenientes del mundo de las artes y se interesa por el cine desde una perspectiva múltiple, no sólo social y antropológica, sino también mitológica (el cine aparece aquí como una oportunidad para estudiar lo mítico en su hacerse, como «mitopoyesis», y no sólo como producto terminado, aparentemente intemporal) y económico-cultural (como producto de consumo de una sociedad de masas). *El cine o H hombre imaginario*, publicado en 1956 lleva ya por subtítulo *Ensayo de Antropología*, mostrando una conciencia temprana de que su indagación supera ya, en su intención, aún a-metódica, las fronteras tradicionales que debieran

restringir su pertenencia a ciertas tradiciones intelectuales y culturales. La problemática abierta por esta intención innovadora le plantea ciertas dificultades metodológicas y lo comienza a lanzar en la dirección de una búsqueda mucho más., abarcativa.

De su interés por el cine es también producto su obra *Las stars*, publicada en 1957. Es en ese mismo año que Morin funda la revista *Arguments*, donde esa discusión más amplia a la que se ve llevado comienza a tomar lugar, a través de artículos que muestran un hilo conductor en su iconoclastia, producto, en buena parte, del desencanto por los discursos hegemónicos, heredera del proceso que lo lleva a romper con el marxismo, un proceso parcialmente desencadenado por la reflexión, pero también por sus choques con una izquierda dogmática, a la que no vacila en calificar de estalinista, en los medios intelectuales franceses. Su libro *Autocrítica*, publicado en 1959, es testimonio del doloroso proceso personal de ruptura con el marxismo, así como de meditaciones fecundas sobre el totalitarismo y, nuevamente, la estrechez de los discursos totalizadores. Un cuidado especial por resistir los cantos de sirena de múltiples «revoluciones» intelectuales y científicas, que nunca lo encuentran como un seguidor ciego, sino como un entusiasta crítico, va a ser la herencia perdurable de ese proceso. *L'Esprit du temps*, publicado en 1962, es quizá la última obra de su período temprano, donde todos sus intereses mayores se delinean, sin terminar de organizarse, en torno a la intención de articular lo físico con lo biológico y ambos con lo antropológico, psicológico y mitológico. Una particular capacidad para entender las condiciones de producción de los discursos sociales como emergentes de cruces de caminos y fertilizaciones mutuas entre discursos de disciplinas diversas recorre ya sus trabajos tempranos.

Durante un período de enfermedad, en 1962 y 1963, Morin escribe *Le vif du sujet* (publicado en 1969), una continuación, ahora más consciente de sí, de su intento de ar-

ticular las ciencias del hombre y las de la naturaleza, a sabiendas ya de que su empresa tomaba proporciones mayores a las que sus indagaciones tempranas hubieran podido hacer pensar, aunque llevaban ya en esa dirección. La necesidad de no salirse del ámbito científico, pero también de incluir una visión crítica y autocrítica del mismo, se hace ya manifiesta y aparece más explícitamente en *Introduction a une politique de l'homme*, parte del manuscrito de los años de enfermedad publicado en 1965.

Un trabajo de campo, en este caso presentado como una investigación multidisciplinar, aparece en 1967 con el título de *Commune en Trance: La métamorphose de Plodemet*. Ese es otro paso en su tejido permanente de una antro-pio-bio-cosmología, una transdisciplina en la que lo cultural son sucesos que se dan entre seres biológicos, que son seres físicos, lo cual en vez de llevarlo por el camino del reduccionismo, lo lanza por un camino inexplorado de articulación en la cual lo físico y lo biológico se complejizan y complejizan, a su vez, a lo cultural. Esta alternancia de Morin entre trabajos de campo e indagaciones a un nivel más abstracto, desde una meta-perspectiva, así como una tendencia a dejarse llevar por grandes acontecimientos tanto sociales como personales, en una deriva fértil que estimula luego su vocación teórica y lo lleva a macro-conceptualizaciones de consecuencias en múltiples campos del saber, ha sido una característica persistente de su recorrido intelectual. Es también en este aspecto que su producción teórica ha tomado ese carácter de aventura al que hacíamos referencia anteriormente. Un estilo que une lo literario al discurso tradicionalmente considerado más científico (objetivista) es expresión de esa unión fecunda de lo personal y social, de lo aleatorio, con lo racional y reflexivo, con el intento de ordenar y estructurar, para cuestionar nuevamente en un proceso sin fin.

Mayo del 68 será el próximo acontecimiento social alrededor del cual plasmará una nueva etapa reflexiva que

lanzará a Morin, ahora sí, en la búsqueda de un «método» no cartesiano para el estudio de lo complejo. Puntúan este tramo de su recorrido la publicación de *Mai 68: La brèche*, en 1968, y de *La rumeur d'Orleans*, en 1969, donde aspectos del «método» en cuya búsqueda está embarcado son ya instrumentados, aunque no definidos a un nivel teórico. Hay allí una lección que el lector de la obra de Morin no debiera olvidar: su trabajo debe, en verdad, ser tomado más como un método que el lector es invitado a utilizar en su campo específico de prácticas, que como un grupo de formulaciones abstractas a las que hubiera que discutir de un modo meramente lógico como si hicieran referencia a entes cerrados, terminados, bien definidos, a descubrir y describir. Lo que ha sido señalado como vaguedades e incluso incoherencias, desde una perspectiva meramente lógica, es sólo un obstáculo cuando la lectura de su obra es tomada como un ejercicio en busca de una ontología, más que como una invitación a utilizar un método epistemológico que ha de mostrar su fertilidad en su práctica. El lector no encontrará a veces los eslabones intermedios que le permitieran ir desde las formulaciones, a veces abstractas de Edgar Morin, a su práctica cotidiana. Le cabrá a cada cual, desde el campo cotidiano de su quehacer, encontrar el modo de hacer jugar el pensamiento complejo para edificar una práctica compleja, más que para atarse a enunciados generales sobre la complejidad. El desafío de la complejidad es el de pensar complejamente como metodología de acción cotidiana, cualesquiera sea el campo en el que desempeñemos nuestro quehacer.

Vienen luego años de estudio durante los cuales Morin entra en contacto con pensadores de disciplinas y teorías diversas quienes, en sus propios recorridos, habían tenido algunos intereses relacionados con los de Morin, o habían desarrollado nociones que él encuentra útiles para su búsqueda. Entre 1968 y 1975, Jacques Robin lo invita a participar en su «Grupo de los diez», un encuentro de voca-

ción multidisciplinaria, en busca de lenguajes novedosos que permitan trascender el saber asfixiado en compartimientos estancos. A través de Jacques Monod llega al Salk Instituto for Biological Studies donde, en 1969 y 1970, se interioriza de los nuevos horizontes en el campo de la Biología molecular, la Genética, la Etología, y otros desarrollos en ciencias naturales, nutriéndose así de elementos que pasarán a integrar, más sólidamente, una concepción «viva» de lo cultural que, al mismo tiempo, complejiza su visión de lo biológico. Allí también se acerca más a la obra de Gregory Bateson, quien había estado empeñado ya en introducir la Teoría de Sistemas y la Cibernética (disciplinas a las que Morin ya se había acercado a través de Jacques Sauvan y Henri Laborit) en el campo de lo social. Estas disciplinas compartían la vocación transdisciplinar (un término acuñado por él) de Morin y, en especial la Cibernética, había generado un lenguaje que le permitía circular con soltura por los mundos físico, biológico y cultural, mediante una redefinición compleja de la noción de «información». El contacto con los ecologistas californianos fertiliza, aún más, su visión ética de lo bio-físico. Toda experiencia estadounidense está reflejada en *Diario de California*, publicado en 1970.

Alrededor de 1971 entra en contacto con múltiples pensadores cuyas conceptualizaciones incorpora, de un modo siempre crítico. Entre ellos Henri Atlan, Heinz von Foerster y Gottard Gunther, quienes habían trabajado sobre la noción de «auto-organización», una noción que Morin encuentra fecunda para su articulación de lo físico, lo biológico y lo cultural. El contacto con la obra filosófica de Castoriadis y Serres, y la obra epistemológica de Popper y Kuhn, Lakatos y Feyerabend, estimulan también su pensamiento en relación con el rol de la ciencia en esa aventura transdisciplinar cuyo método Morin está dedicado a bosquejar.

Es durante esos años que Morin participa también, de regreso en Francia, de la fundación del Centre Interna-

tional d'Etudes Bioanthropologiques et d'Anthropologie Fondamentale (CIEBAF) que, en 1974, se transformará en el Centre Royaumont pour une Science de l'Homme. Buena parte de todos aquellos con quienes entrará en contacto en los años anteriores participan del coloquio sobre *L'unité de l'homme*, del cual surge un texto publicado en 1974.

A partir de 1973 Edgar Morin comienza la etapa de plasmación de *El Método*, una obra en proceso durante los últimos veinte años, de la cual ya se han publicado cuatro tomos: *La naturaleza de la naturaleza* (1977), *La vida de la vida* (1980), *El conocimiento del conocimiento* (1986), y *Les Idées* (1991). *El Método*, lejos de ser una obra acabada, es un proceso en curso de búsqueda de estrategias viables para un pensar complejo físico-bioantropológico desde una perspectiva científico-filosófico-literaria, que permita una praxis ética en el campo tanto del conocimiento académico como de la praxis social.

Tal es la polémica generada por sus escritos que, repetidamente, Morin ha publicado textos que pueden ser considerados, en verdad, meta-textos que intentan clarificar, contextualizar, el sentido de su trabajo. Entre ellos contamos a *Avec Edgar Morin, á propos de la méthode* (1980), *Ciencia con conciencia*, publicado en 1982, *Science et consciente de la complexité*, de 1984, *Argumenta autour d'une méthode*, de 1990.

Morin ha publicado también, en estos últimos veinte años, obras en las cuales el «método» es aplicado (y que al mismo tiempo han permitido seguirlo desarrollando) a campos diversos del saber.

En 1973 apareció *El paradigma perdido: Ensayo de Bioantropología*, donde estudia los albores de la humanización, no sólo como proceso histórico sino como proceso en curso, inacabado. En 1975 publica el segundo tomo de *L'Esprit du temps*, mostrando, una vez más, cómo viejos temas anunciaban ya lo por venir pero son, al mismo tiempo, transformados a la luz de lo ulterior en un proceso que

ejemplifica su propia visión de los procesos naturales, es decir, físico-bio-culturales. En 1980 aparece *Para salir del siglo XX*, un ensayo de política entendida como una actividad epistemológica en el doble sentido de actividad humana diseñada acorde a nuestro entendimiento acerca de qué significa conocer al mundo, pero también de conocimiento del mundo como una actividad política. En 1983 aparece *De la nature de URSS*, en 1984 *Sociologie y Le rose et le noir*, en 1987 *Pensar Europa*, en 1989 *Vidal et les siena* (una interesante evocación de su padre y sus orígenes judeo-sefaradíes utilizando otra vez su experiencia personal para continuar también su recorrido intelectual de un modo personal, literario, encarnado). En 1993, finalmente, aparece *Tierra-Patria*, un estudio macro-cultural sobre la planetarización de la experiencia humana a la luz retrospectiva del fin de la guerra-fría.

El presente texto es una compilación de ensayos y presentaciones realizadas entre 1976 y 1988, los años durante los cuales su «método» comienza a cobrar forma como estructura articulada de conceptos. Es una introducción ideal a la obra de este hombre cuya desmesurada curiosidad intelectual y pasión ética evocan aquel apelativo de «genio numeroso» que Ernesto Sábato dedicara a Leonardo.

El diálogo estimulados del pensamiento que Morin propone a todos los que, ya sea desde la cátedra o los ámbitos más diversos de la práctica social, desde las ciencias duras o blandas, desde el campo de la literatura o la religión, se interesen en desarrollar un modo complejo de pensar la experiencia humana, recuperando el asombro ante el milagro doble del conocimiento y del misterio, que aso detrás de toda filosofía, de toda ciencia, de toda religión, y que aúna a la empresa humana en su aventura

abierta hacia el descubrimiento de nosotros mismos, nuestros límites y nuestras posibilidades.

Vivimos un momento en el que cada vez más y, hasta cierto punto, gracias a estudiosos como Edgar Morin, entendemos que el estudio de cualquier aspecto de la experiencia humana ha de ser, por necesidad, multifacético. en que vemos cada vez más que la mente humana, si bien no existe sin cerebro, tampoco existe sin tradiciones familiares, sociales, genéricas, étnicas, raciales, que sólo hay mentes encarnadas en cuerpos y culturas, y que el mundo físico es siempre el mundo entendido por seres biológicos y culturales. Al mismo tiempo, cuanto más entendemos todo ello, más se nos propone reducir nuestra experiencia a sectores limitados del saber y más sucumbimos a la tentación del pensamiento reduccionista, cuando no a una pseudo-complejidad de los discursos entendida como neutralidad

ética. Al final de las *Crónicas Marcianas*,<sup>2</sup> Ray Bradbury nos muestra a la única familia sobreviviente de terráqueos yendo, finalmente, en busca de esos marcianos que los niños hacía tiempo añoraban ver. Atrás habían quedado vicisitudes y catástrofes que habían terminado con el planeta Tierra, con los humanos y, aunque los niños no lo saben, también con los marcianos. En la escena final la familia, tomada de sus manos, se asoma hacia un desfiladero y el padre anuncia el tan esperado momento, allí están los marcianos: el agua de un canal refleja la imagen de ellos mismos, papa, mama y los niños, tomados de sus manos. Eso es todo lo que tienen para enfrentar el futuro. Edgar Morin nos invita a una excursión semejante. Cuando nos asomamos a entender al mundo físico, biológico, cultural en el que nos encontramos, es a nosotros mismos a quienes descubrimos y es con nosotros mismos con quienes contamos. El mundo se moverá en una dirección ética, sólo si

queremos ir en esa dirección. Es nuestra responsabilidad y nuestro destino el que está en juego. El pensamiento complejo es una aventura, pero también un desafío.

MARCELO PAKMAN

Northampton, marzo de 1994.

2. Bradbury, Ray, *Crónicas marcianas*, Madrid, Edhasa, 1983.